



Rezende de Carvalho, Maria Alice

Sergio Miceli, celebración de una trayectoria



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

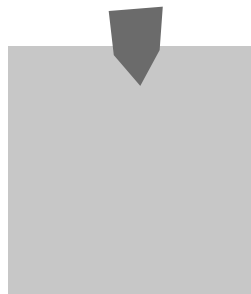
Rezende de Carvalho, M. A. y Mailhe, A. (2013). Sergio Miceli, celebración de una trayectoria. *Prismas*, 17(17), 233-244. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/3054>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Lecturas



MATERIAL DE DIFUSIÓN



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 17 / 2013



Universidad
Nacional
de Quilmes

MATERIAL DE DIFUSIÓN

Sergio Miceli, celebración de una trayectoria

A propósito de la presentación del libro de Sergio Miceli, *Ensayos porteños. Borges, el nacionalismo y las vanguardias*, editado en la colección Intersecciones de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, el Centro de Historia Intelectual organizó el 24 de agosto de 2012 en el Museo Histórico Nacional una mesa de homenaje que contó con presentaciones de Maria Alice Rezende de Carvalho y Alejandra Maihle, y una entrevista pública de Gustavo Sorá a Miceli. Aquí se reproducen las presentaciones de Rezende de Carvalho y de Mailhe.

Atajos

Maria Alice Rezende de Carvalho
Pontificia Universidade Católica
de Río de Janeiro

1

Cuando me pidieron que hiciera la presentación de Sergio Miceli para un público argentino, la tarea en principio me pareció sencilla, ya que se trata de uno de los mayores sociólogos brasileños, con títulos y premios en su ámbito de acción y una obra reconocida por científicos de todas las especialidades, que lo han llevado hasta la Academia Brasileña de Ciencias. Una vez que acepté, muy honrada, la misión, las dificultades se hicieron evidentes: era necesario no caer en los elogios fáciles –esa forma perezosa de hablar de los amigos– y construir un punto de vista distanciado que permitiese lidiar analíticamente con un personaje y un campo tan familiares.

Recordé entonces la vez que en París, a fines de 2004, cuando Sergio estaba cumpliendo uno de sus compromisos con la cátedra Sergio Buarque de Holanda,¹ fui a visitarlo casualmente

la tarde en que él había terminado de redactar la Introducción a la edición brasileña de *Esquisse pour une auto-analyse*, de Pierre Bourdieu, que se publicaría en San Pablo el año siguiente.² Y pensé que aquella introducción podría servir como molde del presente texto, si bien, como se verá, con un resultado más ligero y sin las certezas que el trabajo cotidiano junto a Bourdieu le había proporcionado a Miceli. A fin de cuentas, es otra mi experiencia, que ni siquiera vivo en San Pablo y es a la distancia que escucho los rumores acerca de la rutina intelectual e institucional por la que Sergio navega en la Universidad de San Pablo (USP).

Por ello, esta presentación sigue el molde proporcionado por el propio homenajeado, pues también aquí se trata de una pequeña historia social de las prácticas intelectuales de un gran amigo. Pero se permite cierto grado de imaginación para cubrir algunas lagunas en la información y compensar la inexistencia de un espacio común de trabajo. De cualquier modo, para la preparación de estas notas consulté entrevistas y algunos testimonios de Sergio Miceli; y entre ese material lo que más utilicé, por su extensión y accesibilidad, fue la entrevista que le hicieron Elide Rugai Bastos y Maria Rita Loureiro entre agosto y septiembre de 2004.³

Nada en este texto ha sido inventado, pero sí se trata de una construcción. Como los atajos, que no se apartan mucho del camino principal, las siguientes notas pueden contener fallas o excesos de interpretación, pero aun así son vías de aproximación a la trayectoria de Sergio Miceli.

² La introducción que escribió Sergio Miceli llevó el título “A emoção raciocinada” y forma parte del libro *Esboço de auto-análise*, de Pierre Bourdieu, publicado por la Companhia das Letras.

³ Elide Bastos, Fernando Abrucio, Maria Rita Loureiro y José Márcio Rego, *Conversas com sociólogos brasileiros*, San Pablo, Editora 34, 2006.

¹ La cátedra está vinculada a la Maison des Sciences de l'Homme y Sergio Miceli fue su titular en el período 2004-2008.

Hay dos cuestiones centrales en esta tentativa de análisis. La primera tiene que ver con la condición de extranjero que Sergio Miceli vivió en San Pablo en los años setenta y con sus estrategias de aclimatación, que, exitosas, borraron casi por completo su lugar de origen, una Río de Janeiro muy particular, enclavada en el morro de Santa Tereza. Ahora, sin embargo, con tantas conquistas consolidadas, esas estrategias muestran una entendible dilución, lo que permite, de vez en cuando, entrever algunos movimientos ajenos a la escena paulista y académica que lo consagró, así como cierto acceso a una experiencia intelectual distinta: más impura, más pública, más “carioca”, con toda la lamentable imprecisión que esas nociones puedan contener. Para decirlo abiertamente, mi proposición es que la experiencia intelectual de Sergio Miceli estuvo marcada por la tensión que le producen esas dos ciudades, las que no sólo traducen vivencias geográficamente determinadas, sino que también designan distintos modos de enlace entre biografía y práctica intelectual. Volveré a este punto.

La segunda cuestión, que concierne a la naturaleza combativa de la sociología que practica Sergio Miceli y al significado que él otorga a la idea de combate, es un rasgo puesto en evidencia ya desde la primera gran investigación colectiva que lleva a cabo tras su regreso al país después de haber concluido el doctorado en París: Historia de las Ciencias Sociales en el Brasil.⁴ Este proyecto grandioso, que obtuvo financiamiento de la FINEP (Financiadora de Estudios y Proyectos) y que consumió seis años de trabajo de un equipo extraordinario de investigadores, significaba, en

⁴ De hecho, su primera investigación después del doctorado fue la que tuvo como resultado la tesis de libre-docencia, *A elite eclesiástica brasileira*, publicada por la editorial Bertrand Brasil en la colección “Corpo e Alma do Brasil”, que dirigía en aquella época Fernando Henrique Cardoso. La investigación sobre la historia de las ciencias sociales brasileñas fue la primera en la que se desempeñó como investigador y coordinador de un equipo numeroso, reunido en el ámbito del Instituto de Estudios Económicos, Sociales y Políticos de San Pablo (IDESP). En él participaron Heloísa Pontes, Fernanda Peixoto, Maria Arminda Nascimento Arruda, Lília Schwarcz, Silvana Rubino, Fernando Limongi, Cecília Forjaz y Paul Freston, y fueron consultores Mariza Corrêa y Fernando Novais. Fue publicada en dos volúmenes, el primero, en 1989, por la editorial Vértice y el segundo, por la editorial Sumaré, en 1995.

la práctica, la colonización de un territorio que no era exactamente virgen, pero que Sergio Miceli, con los recursos materiales y humanos de los que disponía, limpió y delimitó, desplazando construcciones preexistentes y redefiniendo posiciones ocupadas por una generación de científicos sociales anterior a la suya, con posgrados en universidades norteamericanas y establecida en algún punto del eje Río de Janeiro-Belo Horizonte. Entre los trabajos anteriores, se destacan, sobre todo, los de Simon Schwartzman, de Minas Gerais, o los de equipos e instituciones dirigidas por él, que desde fines de la década de 1970 estaba elaborando una reflexión sobre la educación superior y la actividad de investigación en el Brasil.⁵

La historia de las ciencias sociales producida en el Instituto de Estudios Económicos, Sociales y Políticos (IDESP) pone de relieve las polémicas que, en la década de 1950, dividían a los científicos sociales radicados en Río de Janeiro y en San Pablo, las cuales giraban en torno de (a) la naturaleza del proceso de desarrollo nacional y (b) la relación entre el conocimiento científico y la actividad política. Y, reduciendo mucho la contribución de aquel trabajo, se puede decir que en conjunto los diferentes textos que lo componen convergen en la constatación de que la ciencia social brasileña, en tanto tal, fue fruto del impulso y del ingenio paulistas, y que la Universidad de San Pablo fue el ambiente en el que ella iría a prosperar con autonomía respecto de la política.⁶ La investigación, que comenzó a circular desde mediados de los años ochenta y se publicó entre 1989 (primer volumen) y 1995 (segundo volumen), provocó un enorme alboroto, entre otros motivos porque la competencia por recursos y prestigio en el sistema nacional de ciencia se había intensificado, y una conclusión como aquella podría desequilibrar el juego en favor de los científicos sociales de la USP.⁷

⁵ A modo de ilustración, puede mencionarse sólo el primer libro de una serie de aproximadamente ocho títulos sobre el tema –*Educação Superior Brasileira*–, de Simon Schwartzman, Ronald Braga y Nelly Aleotti Maia. El libro fue publicado en Brasilia en 1979 por el Consejo de Rectores de las Universidades Brasileñas en la serie “Estudos e Debates”.

⁶ Véase Luís Rodolfo Vilhena, “Os intelectuais regionais. Os estudos de folclore e o campo das ciências sociais nos anos 50”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, año 11, n° 32, octubre de 1996, pp. 125-149.

⁷ En aquel momento, Sergio Miceli aún no formaba parte de

Con respecto a esto, recuerdo que la primera vez que vi y oí a Sergio Miceli fue en uno de los seminarios del Instituto Universitario de Investigaciones de Río de Janeiro (IUPERJ), organizado específicamente para que él presentase algunos de los resultados iniciales de la investigación que coordinaba acerca de la institucionalización del área. Confieso que no comprendí de inmediato lo que allí ocurría. Y creo que ese era el espíritu predominante entre los estudiantes de posgrado y los científicos sociales de diferentes instituciones que se habían amontonado aquella tarde en el viejo caserón de Botafogo, donde por esa época se daban los cursos de sociología y ciencia política de mayor prestigio en Río de Janeiro. Ahora bien, en determinado punto de la exposición, es probable que en un pasaje en el que Sergio Miceli distinguió la ciencia social practicada en San Pablo, los ánimos se caldearon entre el público, cuya difusa animosidad era una evidencia de que todos allí intuían que aquella versión acerca del origen y el funcionamiento de las ciencias sociales en el Brasil ponía en riesgo el lugar que los principales profesores-investigadores de Río de Janeiro habían logrado ocupar hasta ese momento.

No sé si aquella tarde Miceli había ido al IUPERJ totalmente consciente de lo que iría a encontrar, pero, a juzgar por la reacción de algunos de sus pares, debe haber salido convencido de que se había abierto un espacio de competencia acerca del “pasado”, esto es, un espacio de disputa entre visiones supuestamente en conflicto acerca de la institucionalización del campo. No cabe aquí analizar si esas diferencias eran en realidad tan profundas, ni el valor intrínseco de cada versión.⁸ Lo cierto es que, vista con la perspectiva que el paso del tiempo

permite, la historia narrada por los investigadores del IDESP fue la que “inventó” una tradición para las ciencias sociales brasileñas, configurando así el sentido común dominante acerca de nuestra institucionalización. Y ese es el aspecto que merece ser destacado.

Recién llegado tras doctorarse en Francia, Miceli conquistó su entrada en el *hardcor* de la ciencia social brasileña con una estrategia parecida a la de Pierre Bourdieu, cuando este se propuso vencer a la Universidad y a la tradición universitaria de Francia. En los dos casos fue decisiva la conformación de un grupo de investigación y la organización del trabajo colectivo, en el que se podrían fusionar vida intelectual y afectiva por mucho tiempo, durante muchas horas por día y en torno de un liderazgo unificador. Pero a diferencia de Bourdieu, a quien la densidad del campo cultural francés le imponía el ejercicio de cierto proselitismo en contra de adversarios intelectuales,⁹ Miceli no convirtió el campo en su objetivo, incluso porque no percibía en la sociedad brasileña la suficiente autonomía intelectual para la recepción de ese concepto.¹⁰ En su caso, la acción se dirigió hacia el fortalecimiento institucional de una nueva generación de científicos sociales, sus tesis, sus respectivas adscripciones en el ambiente académico, su acción coordinada en asociaciones científicas y además la incorporación de nuevos miembros al grupo original, lo que garantizó la difusión de las prácticas inauguradas en el IDESP.¹¹ Por cierto, no se tenía mucha conciencia acerca de lo que estaba en curso y menos aun de los resultados. Sin embargo, con una buena dosis de racionalización, es posible decir que, al actuar de ese modo, Sergio Miceli no sólo ponía de manifiesto su principal diferencia metodológica

los cuadros de la Universidad de San Pablo, lo que sólo ocurrirá en 1988, cuando fue invitado por Eva Blay, del Departamento de Sociología.

⁸ Por aquella época, en el IUPERJ también se estaba tratando el tema de la institucionalización de las ciencias sociales en el Brasil. Liderada por Luiz Werneck Vianna, la investigación atenuaba el contraste entre San Pablo y Río de Janeiro en lo concerniente a la autonomía de la USP *vis-à-vis* la política, pues se consideraba que Florestan Fernandes y su obra no eran ajenos a aquella dominación –aspecto, por lo demás, destacado por el propio Sergio Miceli– (L. Werneck Vianna, Maria Alice R. de Carvalho, Manoel Palácios y Marcelo Burgos, “Cientista social e vida pública”, *DADOS – Revista de Ciências Sociais*, Río de Janeiro, IUPERJ, vol. 37, número especial, 1994).

⁹ Pierre Bourdieu, *Esboço de auto-análise*, San Pablo, Companhia das Letras, p. 53.

¹⁰ Bastos *et al.*, *Conversas com sociólogos...*, *op. cit.*, p. 231.

¹¹ Todavía hoy se percibe el “alma” del grupo en encuentros científicos nacionales, cuando, más allá de sus diferentes instituciones o posiciones en la carrera, sus antiguos miembros revelan una gran semejanza en el modo en que exponen sus preferencias o juicios acerca de los temas eventualmente tratados. Permanentemente se vuelven a armar partes del grupo en convocatorias cruzadas para la integración de jurados, la organización de seminarios, coorientaciones, publicaciones conjuntas, etc. Además, la Asociación Nacional de Posgrado e Investigación en Ciencias Sociales (ANPOCS), principal entidad científica del área, ha alentado el intercambio y la revinculación del colectivo, en particular en el Grupo de Trabajo sobre Pensamiento Social Brasileño.

en relación con Pierre Bourdieu –a saber, una concepción de campo más débil y su simpatía por las morfologías más inestables, basadas en grupos, asociaciones, alianzas–, sino que también revelaba el significado que atribuía a la idea de una sociología combatiente, en la que se trata menos de la “conquista” del campo que de relacionar, articular agencias materiales e intelectuales asentadas institucionalmente.

El libro *História das ciencias sociais no Brasil*, en suma, no deja de ser una objetivación de ese deseo de agrupar a la comunidad de científicos sociales bajo una supra temática. Y el propósito de hablar para aquel grupo era tanto más decisivo cuanto más se advierte que Miceli, al volver al Brasil, reasumió su puesto de trabajo en la Fundación Getúlio Vargas (FGV), una institución muy prestigiosa pero al margen de la cultura académica en la que se había especializado. Por lo tanto, la coordinación de aquella historia en el ámbito del IDESP permitió que Sergio Miceli, sin desvincularse de la FGV –pues no quería hacerlo–,¹² reclamase su ingreso en la comunidad de referencia. El primer volumen de la investigación, como ya se dijo, fue editado en 1984, y, antes incluso de la publicación del segundo volumen, Miceli fue invitado a integrar el cuerpo docente del Departamento de Sociología de la USP.¹³

El pasaje de la FGV a la USP, en 1988, no estuvo exento de ambivalencia, pues Miceli se refiere con mucho cariño a los tiempos más politizados de su trayectoria, cuando, a comienzos de la década de 1970, recién ingresado en aquella institución, fue invitado a colaborar en la *Revista de Administração de Empresas*, cuyo temario, en plena vigencia de la dictadura militar, pasó a admitir asuntos y una serie de artículos que, como él dice, “*de no ser allí, hubiese sido imposible* [publicar]”.¹⁴ Arriego, no obstante, la interpretación de que tal ambivalencia también se relacionó con

sentimientos más antiguos, recubiertos, obstruidos, que derivaban del deseo de satisfacer las expectativas familiares, sobre todo las de su madre y su tío, Armando Miceli, cuyos sacrificios y mecenazgo, respectivamente, Sergio pensaba que debía compensar siguiendo una carrera reconocida como tal, esto es, “masculina”, burguesa, compatible en suma con la inversión que habían hecho en su educación –colegios de élite, Alianza Francesa, PUC (Pontificia Universidad Católica), el propio círculo que frecuentaba–. Desde ese punto de vista, permanecer en la FGV tenía el mayor sentido, ya que los símbolos que la institución pone en acción son infinitamente más compatibles con un proyecto afirmativo de incorporación a las élites a través del mérito, de la audacia intelectual.

Dicho sea de paso, ni la madre ni el tío, al parecer, hicieron algún tipo de señal en contra del impulso de Sergio Miceli de estudiar lo que quisiese, aunque él sabía que ambos preferían que siguiera la carrera de Derecho, lo que lo llevó a inscribirse en secreto para dar el examen de ingreso al Departamento de Sociología y Política de la PUC-Río. Una vez aprobado y comunicado el triunfo al tío Armando, oyó de parte de este el discurso genérico de los sectores medios intelectualizados de la antigua capital federal: después de asegurar que el joven sobrino seguiría la carrera que había elegido, manifestó su curiosidad con respecto al empleo, a la vida profesional a la que Sergio Miceli podría tener acceso en el futuro.¹⁵

Ni el tío ni la madre pudieron presenciar la travesía de la FGV a la USP, porque habían muerto dos años antes. Pero mientras vivieron, el molde de la socialización intelectual en Río de Janeiro menoscababa la socialización académica que Miceli había adquirido en Francia y que él veía como un camino que le abriría las puertas en San Pablo. Sergio Miceli ya había cumplido 43 años cuando se presentó en la USP.

Vuelvo, entonces, a Río de Janeiro, para en la vuelta final mostrar un poco de la tensión constitutiva de la sociología de Sergio Miceli, que, según mi arriesgada hipótesis, deriva de la racionalización muy peculiar e idiosincrática que él operó sobre vidas vividas en dos ciudades.

¹² Bastos *et al.*, *Conversas com sociólogos...*, *op. cit.*, p. 226.

¹³ Nótese que el intervalo entre las ediciones de los dos volúmenes fue cubierto con otras iniciativas que ampliaron sus condiciones para el ingreso a la USP. Cito, rápidamente, dos: el contrato como docente del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Estadual de Campinas (UNICAMP), donde se le ofrecieron condiciones especiales de trabajo, y el ejercicio, en dos oportunidades, del cargo de secretario de la ANPOCS.

¹⁴ Bastos *et al.*, *Conversas com sociólogos...*, *op. cit.*, p. 225.

¹⁵ *Ibid.*, p. 222.

Santa Tereza es el nombre de un barrio de Río de Janeiro, construido sobre uno de los seis pequeños morros que conforman el centro y la zona portuaria de la ciudad. Los que llegan a Río por el mar de inmediato se topan con aquella formación parecida a un abanico abierto, en la que cada morro sería como una varilla apuntando hacia la bahía de Guanabara. A lo largo del siglo XIX la ocupación de los morros fue socialmente diferenciada. En las colinas más cercanas al puerto predominaron los inmigrantes portugueses y los negros –esclavos o no–, pero la integración urbanística de la zona con la ciudad se vio drásticamente cancelada, a la vez que su población se volvía invisible, a partir de la construcción de la avenida Presidente Vargas, eje monumental inaugurado en 1944.

Sergio Miceli nació en 1945, fruto de dos familias que vivían en el morro de Santa Tereza, la única de las seis colinas que en el siglo XIX y aún en el XX fue residencia, en lo alto, de la élite y en el borde, de sectores medios urbanos, es decir, profesionales liberales, estudiantes, trabajadores por cuenta propia, artesanos, aventureros de todo tipo, que se movían en el centro político y administrativo de la capital federal. A partir de la década de 1930, la ciudad vivió de modo más concentrado la declinación de los últimos vestigios de la sociedad imperial y el surgimiento de una clase media de diferentes orígenes que comenzaba a afirmarse económica y socialmente. Y el barrio de Santa Tereza ilustra a la perfección el encuentro de esa hidalguía declinante con una nueva moral en ascenso, de inmigrantes no portugueses y asociada a la ética del trabajo. Estos son los ingredientes que constituyeron el mundo afectivo de Sergio Miceli, cuyo padre descendía de una familia alojada en un inmenso caserón en la cima del morro y la madre, de un constructor que, con mucho trabajo, había multiplicado sus propiedades en la ladera del morro.

Miceli es fruto por tanto de ese encuentro, en Río de Janeiro, entre los que descendían y los que ascendían socialmente, por lo demás, un rasgo biográfico compartido con la mayoría de los hijos “de la clase media” carioca de su generación. La fricción entre esos segmentos sociales, que no habían conocido hasta entonces procesos más violentos de segregación espacial, favoreció en efecto ese tipo de casamientos.

La morfología urbanística, en ese caso, produjo consecuencias en la estructura social de la ciudad.

Desde el punto de vista de los que declinaban, la escena es conocida: juego y bohemia; desde la perspectiva de los que avanzaban, se advierte cierto voluntarismo, que se justifica por el sentido ascendente de sus trayectorias. Es el voluntarismo, por ejemplo, del tío materno de Sergio Miceli: Armando Miceli, abogado, secretario de Estado, procurador general del Estado y redactor jefe del *Correio da Manhã*, para quien, como solía decir, “no hay nada que no se pueda”. Fue un personaje central en la socialización de Sergio Miceli, que, cuando era chico, medía la importancia social de aquel hombre por la cantidad de llamados telefónicos... y eran muchos. Lo que ocurría era que cuando Armando Miceli todavía era reportero del diario trabajó un tiempo con el intendente de la ciudad y, por eso, le llegaban pedidos para que se los pasara a este. Ese hecho, sumado a las visitas que Otto Maria Carpeaux, Carlos Heitor Cony y Antonio Callado le hacían a su tío, son las primeras impresiones que recuerda acerca de la experiencia intelectual.

Hay algo, por lo tanto, en la reflexión sobre Río de Janeiro, o mejor, en la percepción de ese juego entre declinación y ascenso que suma a la obra de Pierre Bourdieu una contribución original de Sergio Miceli. Algo que deriva, tal vez, de una racionalización sobre aquel engranaje que Miceli conoció tan bien en su experiencia familiar y que “reaparece” en sus trabajos como el motor, la dínamo de la estructura social brasileña. En su tesis de doctorado, *Intelectuais e classe dirigente no Brasil*, el trabajo que más le gusta, la experiencia de la declinación está fuertemente presente en la cartografía que él hace de los compromisos progresivos que enlazan a intelectuales y política. Pero allí está también la perspectiva promisoriosa de que la burocracia, el funcionariado, las corporaciones estatales –poder judicial, fuerzas armadas– dependen de alianzas hacia abajo y, en este sentido, mueven una rueda política más heterogénea, más contradictoria. Según Miceli, por lo tanto, la tensión que mueve la vida brasileña no es la que opone, como en la experiencia europea, a la clase trabajadora con la de los capitalistas, sino a grupos, cuyas identidades no son esencializadas, que asumen formas históricas distintas y constituyen alianzas hacia arriba y hacia abajo.

En 1968, Sergio Miceli se recibió en la carrera de Sociología y Política de la PUC-Río y partió hacia San Pablo, donde pensaba permanecer dos años estudiando con una beca de la Coordinadora de Perfeccionamiento de Personal de Nivel Superior (CAPES). Hasta ese momento, era un joven de Río de Janeiro, que jugaba al póquer con artistas y miembros de la élite carioca, a los que había conocido a lo largo de su vida escolar. Ese Sergio bohemio es el que desembarca en San Pablo, a los 23 años de edad, recibido de sociólogo y teniendo que lidiar con una ciudad más cerrada que Río de Janeiro, más segregada social y espacialmente. Fue nombrado profesor de la FGV, en 1970, institución que no sólo lo acogió profesionalmente, sino que también le brindó oportunidades para su perfeccionamiento intelectual, e incluso le mantuvo el salario mientras cursaba el doctorado en Francia, algo que hubiese sido imposible de haber estado integrado a la universidad.

Ya con un empleo, su condición de extranjero en San Pablo se atenuó. Y en ese sentido hay que tener en cuenta, también, que a partir de su casamiento –el primero– comenzó a relacionarse con un grupo de intelectuales influyentes, vinculados a la editorial Perspectiva, que, de manera indirecta, llegaron a favorecer su contacto con Bourdieu, pues le dieron a Miceli la posibilidad de que invitara al recientemente designado director de estudios de la École des Hautes Études en Sciences Sociales para que publicara en el Brasil una antología de sus artículos. Gracias a ese contacto, más el sostenido por la FGV, fue a Francia a hacer el doctorado entre 1974 y 1978,

Al volver, permaneció una década más en la FGV y, cuando migró hacia la USP, se fue desembarazando de otros compromisos institucionales, sobre todo del IDESP. Pero ya por entonces había comenzado su investigación sobre artes, en especial sobre el modernismo en las artes plásticas, que tuvo en el Brasil, según Miceli, una inflexión peculiar, dictada por la percepción que artistas, como Anita Malfatti,

tuvieron respecto de la presencia de los inmigrantes como fuerza social enfrentada con el orden burgués. Son fruto de esa investigación los libros que publicó en los años noventa y en los comienzos de la década siguiente, a saber: *Imagens negociadas: retratos da elite brasileira (1920-1940)* y, un poco más tarde, *Nacional estrangeiro: história social e cultural do modernismo artístico em São Paulo*, ambos publicados por la Companhia das Letras. Además, vale la pena recordar aquí que fue en aquellos años cuando Miceli selló su relación con Luiz Schwarcz, el intelectual-editor de la Companhia das Letras, que dio unidad a su obra, reeditando lo que le interesaba a Miceli y dando forma al corpus documental que mostraba su adscripción a la USP.

Ma non troppo. Si Miceli aún no produjo, de manera sistemática, un relato sobre su trayectoria intelectual y sobre las inflexiones que se observan en ella, no es menos cierto que de los trabajos que firma y de las tesis que orienta¹⁶ se puede extraer una reflexividad inherente a su artesanía sociológica. Y lo que pienso, realmente, es que la inmersión en San Pablo generó el punto de distanciamiento adecuado para el tratamiento conceptual de Río de Janeiro, o mejor, del tipo de experiencia que allí vivió, tal como (a) la dialéctica entre declinación y ascenso, (b) el “socialismo”, como el de Armando Miceli, sin marxismo o clase obrera, pero percibido en la relación entre la burocracia pública y sus alianzas heterogéneas, y (c) la presencia de inmigrantes como expresión de la movilidad social y de la presión política.

Para lidiar con cada una de esas cuestiones siempre ha habido y sigue habiendo investigaciones, libros y amigos, una actividad intelectual que, para Sergio Miceli, no se hace sin integración, asociación e intercambio. Generosidad, es claro, con armazón científica. □

¹⁶ Una de las últimas tesis que orientó fue la de Fabio Cardoso Keinert, *Cientistas Sociais entre Ciência e Política (Brasil, 1968-1985)*, San Pablo, USP, 2011.

Un sociólogo de los intelectuales... a la luz de la sociología de los intelectuales

Alejandra Mailhe

CONICET / Universidad Nacional de La Plata

Al leer *Ensayos porteños* de Sergio Miceli (Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012) caí en la tentación –casi inevitable– de pensar su itinerario intelectual y su obra a partir de su propio modelo teórico. Y esa tentación me arrastró a otras: a repensar el itinerario y la obra de Pierre Bourdieu (su maestro en Francia); a pensar comparativamente los modelos de ambos para entrever, en sus diferencias, las huellas de una posible apropiación desde la periferia. E incluso, a repensar mi propia condición de intelectual, reconociendo algunas variables que hoy condicionan mi enunciación.

Escribir sobre su obra en clave de sociología de los intelectuales es como aplicar el psicoanálisis para analizar a Freud. Ese objetivo me excede, y al menos por ahora sólo puedo señalar algunos trazos de su modelo teórico, algunas líneas de trabajo, algunas preguntas que me asedian desde la lectura de sus textos.

La relación de Sergio con la figura prestigiosa de Bourdieu se inicia antes de la dirección de su tesis doctoral en la École de Hautes Études en Sciences Sociales: a fines de los sesenta, Sergio traduce algunos de sus textos al portugués, y desde esa etapa piensa un proyecto intelectual propio, de largo aliento, aplicado a pensar la vida cultural de las élites intelectuales en Brasil. La obra de Bourdieu, aunque inicialmente haya ocupado un espacio “marginal” en la universidad brasileña de los sesenta (por el predominio de las teorías de Marx y de Althusser), irá adquiriendo una importancia creciente a medida que se desarrolle también la producción de Sergio.¹

Pero esta última no consiste en una mera reproducción del modelo bourdieciano, tanto por

la creatividad de Sergio como porque, tal como advierte el propio Bourdieu, las teorías migran sin sus contextos originales de enunciación, por lo que se someten a torsiones adaptativas, refuncionalizadoras, determinadas por variables sociológicas específicas. Aquí, un elemento clave de esa apropiación activa se vincula con la necesidad de Sergio de subrayar el carácter periférico y derivado de las élites dominantes y de los campos intelectuales latinoamericanos. En libros tales como *Intelectuais e classe dirigente no Brasil*, *Intelectuais à brasileira*, *Nacional estrangeiro* y en su último *Ensayos porteños*, Sergio reconoce que los proyectos intelectuales locales se someten a una doble dependencia: de los modelos de los países centrales, y de las pautas culturales de la élite dirigente local. Si Bourdieu, más centrado en el contexto francés, observa un campo intelectual con mayor consolidación de su autonomía, Sergio insiste en mostrar la recreación local de vínculos de dependencia respecto del Estado o de la política que demoran la profesionalización (fenómeno visible desde los “anatolianos”² hasta la cooptación de los intelectuales por el vanguardismo en la década del treinta).

Y si Bourdieu tiende a observar relaciones internacionales de mayor simetría de dominación (por ejemplo, cuando estudia la migración de modelos filosóficos alemanes hacia el contexto francés de posguerra), Sergio insiste en la particular complejidad de ese carácter dependiente, subrayando los efectos simbólicos específicos de cada importación. En este aspecto de la mediación adaptativa, parece jugar un papel importante la fuerte tradición local de la teoría de la dependencia. Sin embargo, si en textos clásicos como “As idéias fora de lugar” Roberto Schwarz sugiere, en términos generales, que esa importación permite una ganancia de prestigio simbólico para las élites locales, los trabajos de Sergio le dan una densidad sociológica más rica a ese concepto amplio de “prestigio”, porque insisten en poner en evidencia las funciones

¹ El interés por la sociología de la cultura bourdieciano puede verse al menos desde su tesis de maestría, un estudio pionero sobre las significaciones sociales de la cultura de masas, publicado bajo el título de *A noite da madrinha* (San Pablo, Perspectiva, 1972).

² Así por ejemplo, en “Poder, sexo e letras na República Velha”, uno de sus primeros estudios (de 1977, reeditado en *Intelectuais à brasileira*, San Pablo, Companhia das Letras, 2001), Sergio señala que, entre los premodernistas, el reclutamiento de las figuras, las trayectorias y los mecanismos de consagración –entre otros elementos– dependen casi plenamente de los grupos y las instituciones que ejercen el trabajo de dominación.

internas de legitimación que cumple cada importación en favor de los intelectuales que la ejercen, atendiendo a la inserción particular de cada modelo en el campo local, a los diversos agentes que intervienen como mediadores, y a las presiones sociales que ejercen una torsión adaptativa específica.³ Así, gracias al salto epistemológico que va de la teoría de la dependencia a la sociología de la cultura de Sergio, es posible entender con mayor precisión (por ejemplo, frente a la influencia pictórica de Fernand Léger sobre Tarsila do Amaral) cómo pesa no sólo el carácter asimétrico de ese vínculo, sino también la más sutil presión del mercado nacional –regido por un patrón de gusto conservador, propio de las fracciones cultas de la oligarquía regional–, condicionando la aproximación selectiva de Tarsila sólo hacia las obras estéticamente más convencionales del maestro francés.⁴

*

Pero esa no es la única innovación teórica de Sergio, porque sus trabajos definen una práctica interdisciplinaria que apela al análisis tanto de los itinerarios intelectuales como de las huellas que esos itinerarios inscriben en el contenido y en la forma de su producción cultural. En este sentido, quisiera destacar el esfuerzo de Sergio por trascender los límites de una formación sociológica clásica, para incorporar también herramientas teóricas provenientes de la crítica literaria y de la crítica del arte, atentas a interponer categorías de mediación, para evitar caer en determinaciones mecánicas de la estructura. Y aquí debe haber incidido el legado interdisciplinario de Antônio Cândido, marcado por una doble lealtad (por momentos, conflictiva) entre la sociología científica de formación y el ensayismo literario, y desde la USP (en cuyo Departamento de Sociología se ha desempeñado Sergio por años).

Aunque privilegie el análisis del contenido de las fuentes por sobre la “ideología de las formas”, Sergio no olvida señalar que los

recursos expresivos también implican connotaciones sociales (por ejemplo, que las limitaciones formales en la plástica de Tarsila o de Lasar Segall dan cuenta de esa negociación entre la experimentación y el gusto más retardatario de la élite local).⁵

La apelación al modelo teórico de Bourdieu le brinda a Sergio una base empírica desde la cual incursionar en el campo del arte sin correr el riesgo de recaer en los residuos ahistóricos de la crítica cultural ensayística. Aplicando los análisis de Sergio al propio Sergio, tal vez pueda pensarse que el bourdesianismo juega un papel estratégico clave en su itinerario intelectual, entre otras cosas porque parece instalarlo en una suerte de doble rebelión: contra los límites impresionistas y antimaterialistas de la crítica cultural y literaria pre-sociológica, aplica un método científico innovador que pone en evidencia las condiciones materiales que guían la creación.⁶ Y contra los límites más duros de la sociología uspiana, se vuelca hacia un campo poco explorado por esa tradición científica. La elección de ese nuevo objeto contendría entonces, en sordina, un ajuste de cuentas propio con respecto al ensayismo y a la sociología precedentes. Desde esta doble operación de ruptura pueden pensarse tanto sus confrontaciones más provocativas contra los puntos ciegos de la crítica literaria (en sus trabajos sobre Jorge Luis Borges, Carlos

⁵ Al respecto, véase *Nacional estrangeiro*, *op. cit.*

⁶ En este sentido, los análisis de Sergio permiten romper con mitologías construidas por la tradición letrada y aún vivas en la crítica de arte, en la crítica literaria y en la historia de las ideas “profesionales”. Para analizar a un grupo de literatos premodernistas o “anatolianos” (según la expresión acuñada por Sergio), “Poder, sexo e letras na República Velha” se abre con una ruptura explícita del clisé modernista que cristalizó a esa generación intelectual como un *impasse* de debilidad estética e ideológica entre el fin de siglo y las vanguardias (bajo el cual Sergio lee la intención de los modernistas de esconder el puente que ellos mismos trazan, en sus comienzos juveniles, con esas figuras del campo intelectual). En *Nacional estrangeiro* y en *Ensayos porteños*, entre otros textos, frente a figuras consagradas de la literatura brasileña (como Carlos Drummond de Andrade, Mário de Andrade y Oswald de Andrade), o de la literatura argentina (como Jorge Luis Borges o Ricardo Güiraldes), Sergio revela los condicionamientos económicos, sociales, políticos y culturales que rigen sus obras de manera solapada. Desde allí se desarma el discurso centrado en la “consagración ascética” a la alta cultura por parte de los letrados, y su supuesto “desinterés material”, vistos ahora como los últimos residuos aún activos de la teoría romántica del “genio” (proyectada tanto por los actores vanguardistas como por los críticos posteriores).

³ Por ejemplo en “Poder, sexo e letras na República Velha”, *op. cit.*

⁴ Tal como prueba Sergio en *Nacional estrangeiro. História social e cultural do modernismo artístico em São Paulo* (San Pablo, Companhia das Letras, 2003).

Drummond de Andrade o Mário de Andrade), como también su doble complementario: esto es, el estudio de las condiciones materiales que permiten que se consolide la sociología científica, precisamente en rebelión contra el ensayismo.⁷

*

Practicando una constante lectura a contrapelo de las fuentes, varios de sus libros demuestran el modo en que los intelectuales (en general, provenientes de familias oligárquicas en declinación) corresponden, conscientemente o no, a las expectativas (estéticas, gnoseológicas y políticas) dictadas por los intereses de la clase dirigente.

Rompiendo el mito vanguardista de la creación parricida, libre del peso del pasado, Sergio muestra que la experimentación de la vanguardia está modelada por una serie de factores sociales extraestéticos, que van desde la morfología social de los artistas hasta las condiciones locales de ejercicio del mecenazgo.⁸ Por eso para Sergio el modernismo es capaz de adoptar una postura estéticamente renovadora junto con una práctica política regresiva, para actuar en sincronía con la lucha cultural de los grupos dirigentes amenazados. Incluso la renovación estética está sesgada por los límites de gusto de la élite, de la cual la vanguardia no logra autonomizarse, dada la trama de compromisos y favores entre los modernistas y la clase dirigente paulista.

Esa hipótesis se extiende en la comparación entre las vanguardias del Brasil y de la Argentina. Por ejemplo, centrándose en los matrimonios respectivos de Ricardo Güiraldes y Tarsila do Amaral, Sergio demuestra que ambos pactos funcionan como asociaciones amorosas y de trabajo, brindando condiciones privilegiadas de patrimonio e influencias, para invertir con solidez

en carreras artísticas riesgosas. A la vez, aunque Sergio identifica algunos puntos de contacto, también subraya la mayor diversificación social del campo literario argentino, donde Borges, Güiraldes o Gironde, ligados a la clase dirigente, conviven con intelectuales del mundo popular, en general de origen inmigrante, en ascenso gracias a la expansión del periodismo y del mercado editorial.⁹

Esa matriz elitista que sesga la historia intelectual brasileña parece democratizarse recién con la consolidación de la sociología científica: cuando Sergio compara los itinerarios de Florestan Fernandes y Gino Germani (en sus *Ensayos porteños*), muestra que, sin disponer de capital cultural como para desempeñarse en el campo erudito tradicional, estas figuras convierten esa limitación en ventaja, al transformarse en defensores de la cultura científica en ascenso, enfrentando el estilo impreciso y elitista del ensayismo previo.¹⁰

En general, en sus análisis Sergio observa una serie de variables que le permiten sistematizar los perfiles intelectuales, midiendo (entre otros elementos) la posición individual en el linaje, las relaciones familiares, la profesión del padre, los desplazamientos, los diversos estigmas o *handicaps* sociales¹¹ y biológicos,¹² los estudios universitarios y el tipo de producción intelectual (ya que el valor simbólico de los géneros depende, en gran parte, de las condiciones materiales del mercado).¹³ Para Sergio, los estigmas o *handicaps* (con sus múltiples

⁷ Este tema vertebró el último de los *Ensayos porteños*, donde compara los itinerarios exitosos de Gino Germani y Florestan Fernandes, como la *História das ciências sociais no Brasil* (San Pablo, Sumaré, 1995, 2 vols.), dirigida por Sergio.

⁸ Especialmente en el caso de algunos "padres fundadores" (como Borges, Mário de Andrade y Carlos Drummond de Andrade), Sergio recupera las marcas sociales de las trayectorias y su incidencia en la producción intelectual, elementos borrados por la autfiguración letrada y por la tradición crítica que, en conjunto y con variantes, han compuesto el mito del "escritor nato".

⁹ Sergio analiza especialmente este aspecto en el artículo "La vanguardia argentina en la década del veinte", editado en *Prismas* (Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2004).

¹⁰ Sergio demuestra que ninguno de los dos cuenta con un capital económico y social apreciado en los espacios profesionales a los que arriban inicialmente, pero que logran una carrera académica exitosa precisamente porque sus *handicaps* se convierten en ventajas en una coyuntura particular.

¹¹ Como la enfermedad o la muerte del padre y/o las privaciones materiales de la familia.

¹² Como enfermedades o estigmas corporales.

¹³ Así, por ejemplo, para el caso de los modernistas de San Pablo, en *Nacional estrangeiro* Sergio subraya la separación genérica entre la producción de crónicas para la prensa masiva y la edición restringida, para un acotado círculo de lectores cultos, de los textos de experimentación vanguardista. Y en el segundo capítulo de *Intelectuais e classe dirigente no Brasil* (titulado "A expansão do mercado do livro e a gênese de um grupo de romancistas profissionais"), observa la consolidación de la carrera profesional del novelista junto con (y sobre la base de) la consolidación de un mercado ampliado del libro.

connotaciones sociales y psicológicas) tienen un peso privilegiado para bloquear el acceso a carreras ligadas a posiciones dominantes y determinar en cambio la inclinación por la carrera intelectual, socialmente identificada con disposiciones más “femeninas”. En la mayoría de los casos estudiados (los “anatolianos”, los vanguardistas Oswald, Tarsila, Carlos Drummond, Mário de Andrade, Manuel Bandeira, Lasar Segall, o los argentinos Borges, Güiraldes y Xul Solar, en el arco que va de entresiglos a los años cuarenta), la inversión en la carrera intelectual constituye una respuesta material y simbólica a la declinación del capital familiar de una fracción culta de la élite dirigente. Como parte de su desmitificación de la sacralización del letrado, Sergio demuestra cómo, en esa caída social, los intelectuales exigen el reconocimiento de un estatus peculiar, al erigirse en representantes del “espíritu” o del “gusto estético”, valorado como un bien privilegiado de la clase dominante, acaso como el único que todavía se conserva. Algunos de esos trazos simbólicos se observan incluso en figuras más ambivalentes como Lima Barreto, situado en una tensión desgarradora entre la clase humilde de origen y el mecenazgo de la élite (especialmente bajo el patrocinio material e intelectual de Afonso Celso).

Al atender a las particularidades de cada objeto de estudio, y a la vez descubrir reglas generales de funcionamiento del campo, Sergio enfrenta un doble desafío teórico: la generalización corre el riesgo de perder de vista la individualidad irreductible de cada caso, y el respeto por la individualidad puede impedir elaborar conclusiones genéricas. Frente a este problema, Sergio privilegia los trazos generales compartidos (para lo cual opera necesariamente una reducción de la complejidad de cada caso a un conjunto básico de conceptos comparables), pero también atiende a modulaciones específicas (por ejemplo, al contrastar los puntos de partida y las trayectorias de distintas figuras, dentro de un mismo grupo vanguardista (como en el caso de Oswald, situado plenamente en la fracción dominante, y de Mário de Andrade, que para afianzar su liderazgo de la vanguardia modernista debe realizar un gran esfuerzo de diversificación autodidacta).¹⁴

¹⁴ Véase *Intelectuais e classe dirigente no Brasil, op. cit.*

*

Para reconstruir los itinerarios intelectuales, Sergio analiza biografías, diarios íntimos y cartas, rompiendo con el efecto ideológico que esos géneros buscan provocar.¹⁵ Como en otros cruces productivos y originales entre psicoanálisis y sociología (de Roger Bastide a Fredric Jameson o Carl Schorske, por ejemplo), Sergio no olvida que las variables sociales y familiares se cruzan con la estructura de personalidad. Me parece que es especialmente aquí donde, apelando a verbos en potencial, Sergio reconoce (implícita y lúcidamente) los límites del método bourdieusiano, dado que las motivaciones sociales y psicológicas se articulan entre sí, formando ejes complejos y polisémicos de convergencias y compensaciones, difíciles de reducir a una única causalidad. Ese entrecruzamiento multidireccional se percibe, por ejemplo, en el análisis de la trayectoria juvenil de Borges en *Ensayos porteños*, donde una serie de *handicaps* psicofísicos¹⁶ y la fuerte inversión familiar en el capital cultural del hijo lo inclinan hacia una carrera intelectual (que incluye la renuncia temprana a formar una pareja, para evitar la dispersión de energías).

Universidad Nacional de Quilmes *

Varios trabajos de Sergio de la última década se centran en la operación comparativa. Al aproximar dos campos intelectuales vecinos e igualmente periféricos como los de la Argentina y el Brasil, su puesta en relación permite reconocer puntos de contacto y diferencias; ser más “irrespetuoso” (y, por ende, más libre) respecto de algunas interpretaciones canónicas del campo ajeno, e incluso desnaturalizar el campo intelectual propio, conduciendo a un saludable extrañamiento autocrítico frente a las tradiciones discursivas locales, introyectadas en la propia formación intelectual. Así por ejemplo, la dependencia del campo intelectual brasileño de los años veinte y treinta, respecto del Estado o la política, cobra relieve en contraste

¹⁵ Por ejemplo, desarticula la autolegitimación en las autobiografías que reelaboran poéticamente la juventud, apelando a la idealización de períodos poco documentados.

¹⁶ Como la tartamudez, el agravamiento de la ceguera paterna y el riesgo de la herencia del mismo mal.

con la modalidad argentina, más marcada por la expansión del mercado editorial.¹⁷

La comparación elegida por Sergio también resulta innovadora frente a cierta tendencia, dominante en la tradición crítica brasileña, a pensar el campo intelectual local de manera autocentrada, o en todo caso a partir de sus relaciones con Europa o los Estados Unidos más que con el resto de América Latina. En este sentido, recogiendo la perspectiva abierta en décadas previas por Antônio Cândido y Ángel Rama (entre otros), sus estudios perfilan una agenda de investigación muy rica y todavía incipiente. Para el caso particular del contraste Argentina/Brasil, entre otros trabajos de los últimos años, la historia comparativa de Boris Fausto y Fernando Devoto, el estudio de Jorge Schwartz sobre las estéticas de Oswald de Andrade y Gironde, los libros *Modernidades primitivas*, de Florencia Garramuño, y *Traducir el Brasil*, de Gustavo Sorá, la línea de investigación actual de Alejandro Blanco y algunos trabajos míos previos y actuales apuntan en esta dirección. Desde ya, esta lista es mucho más amplia y continúa creciendo.

*

Ahora bien; ¿qué tipo de recepción ha tenido la obra de Miceli en la Argentina? Evidentemente la vía privilegiada para su difusión en el campo académico local ha sido el Programa de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes. No es casual la edición, por este grupo, de varios de sus trabajos comparativos sobre las vanguardias argentina y brasileña, o su coordinación de los capítulos sobre el Brasil en la *Historia de los intelectuales en América Latina*, organizada por Carlos Altamirano. Gracias a un vínculo de años de intercambio académico y amistad con este programa –consolidado con la edición de sus *Ensayos porteños*–, varios de los “más jóvenes” pudimos leer sus textos, reseñarlos e incluirlos en programas docentes o como matriz teórica para la investigación propia. Además, gracias al

¹⁷ Tal como advierte Sergio en el capítulo “Vanguardias literarias y artísticas en el Brasil y en la Argentina: un ensayo comparativo”, editado en *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX* (Carlos Altamirano, dir., Buenos Aires, Katz, 2010).

programa de la UNQ también pudimos conocer personalmente a Sergio y disfrutar de su apertura al diálogo y a la discusión apasionados. En mi caso, también centrada en la comparación con el Brasil, aunque en un tránsito inverso y especular respecto del de Sergio (de la crítica literaria a la historia de las ideas y la sociología de los intelectuales), su obra me resulta especialmente estimulante, sobre todo por su actitud irreverente frente a los discursos críticos que encubren las condiciones sociales de la producción cultural.

A falta de distancia suficiente como para esbozar ese capítulo de la historia intelectual (que debería contar la circulación de los textos de Sergio y la formación de una red transnacional entre la USP y la UNQ gracias a estos vínculos), me animo a sugerir las huellas de sus trabajos en discípulos de ambas instituciones, incluso hoy con proyectos de investigación en común.

*

La solidez teórica de los trabajos de Sergio y la profundidad de sus análisis se miden también por las preguntas provocativas que se suscitan durante su lectura. Cuando señala que la vanguardia modernista prolonga una exotización del Brasil funcional a la ideología de la clase dirigente, o que el martiniferismo argentino reelabora tópicos criollistas embanderados previamente por las élites reactivas frente al “aluvión inmigratorio”, podría contraargumentarse el carácter rupturista de esos mismos discursos, no sólo en su dimensión formal sino también desde el punto de vista ideológico (por ejemplo, porque tramitan una valoración innovadora del inconsciente, el cuerpo y la sexualidad, afín tanto a las culturas populares –legitimadas de forma novedosa–, como al nuevo paradigma epistemológico del psicoanálisis). Uno de los problemas parece ser entonces cómo destacar los elementos propios de la ideología de la clase dirigente y, al mismo tiempo, reconocer los desvíos e incluso las rupturas con respecto a esa matriz; cómo dar cuenta de los espacios intersticiales, marginales y contrahegemónicos en un mismo campo intelectual, en un mismo itinerario e incluso en un mismo discurso.

Los textos de Sergio bordean también otras preguntas teóricas interesantes: ¿cuáles son los límites de la sociología de los intelectuales, para iluminar el contenido de los discursos? ¿Cómo y cuánto es posible lidiar con las manipulaciones de sentido y los silencios que, en las fuentes, sólo

dejan entrever fragmentos de la subjetividad? ¿A partir de qué punto se vuelve imprescindible la colaboración del psicoanálisis para aprehender el cruce entre itinerario material y producción simbólica?¹⁸ ¿Cómo dar cuenta del modo en que la estructura de personalidad es moldeada por (e incide en) la ideología que habla *al* individuo?¹⁹

¹⁸ Por ejemplo, la elección familiar e individual del ascetismo, por parte de Borges, para garantizar el éxito de su inversión intelectual, debe haber implicado la intervención de factores psicológicos a los cuales la interpretación bourdiesiana no tiene acceso (y que tal vez explicarían mejor su rechazo de una alianza matrimonial dentro de la fracción culta de la clase dominante, a diferencia de Güiraldes, Tarsila o Gironde).

¹⁹ Por ejemplo, ¿en qué medida la homosexualidad de Mário de Andrade incide no sólo en la esfera de su intimidad, o en el borramiento de las marcas autobiográficas en sus obras, sino también en las inclinaciones ideológicas aparentemente más alejadas de la intimidad subjetiva (por ejemplo, en el establecimiento de un vínculo de empatía afectivo-libidinal con el “otro social”, como el entrevistado en la fascinación por el mundo popular y con el obrero, en algunos pasajes de *O turista aprendiz*)?

¿O cómo medir el papel de la creatividad, que permite la emergencia de lo nuevo...?

Frente a este tipo de preguntas tal vez sólo nos quede reconocer la complejidad de la subjetividad individual, de la realidad social y de los objetos culturales en tanto acontecimientos de lenguaje, y aceptar las derivas de una semiosis que no es posible agotar en un acto –siempre parcial– de interpretación.

Por eso celebro especialmente, en los trabajos de Sergio, ese constante entrever lo que está bajo el contenido manifiesto del discurso. Porque produce conocimiento desde y sobre los límites (de la sociología de los intelectuales, de la interdisciplinariedad y de la operación comparativa), y sobre un objeto doble (itinerarios y obras) cuyos vínculos por momentos resultan esquivos. Sergio sabe que hay un plus de sentido que evade la interpretación, así como puntos ciegos en la propia subjetividad y en el objeto. Y aun así se para en el borde del lenguaje, para descifrar algo de esa opacidad. □



Universidad
Nacional
de Quilmes

MATERIAL DE DIFUSIÓN